



El Mensajero

Número 140

www.menonitas.org

enero 2015



EME 2014 — Burgos, 5-8 de diciembre
Encuentro Menonita Español
«*Permaneced unidos en la Vid. Y...*»

Reportaje gráfico: José Lozano



También en este número:

- Otra noticia de nuestras iglesias 3
- La casa del fariseo 6
- Reconocimiento de ministerios 7
- Diccionario: levitas 8



Página 1.
Viernes. Llegada, recepción
Viernes. Reunión a cargo de jóvenes

Sábado. 1ª plenaria
Página 2.
Sábado. Descanso y talleres

Sábado. Festival
Domingo. 2ª Plenaria
Domingo. 3ª Plenaria



Página 3.

Domingo. Coro Soli Dei
[Fotos: Chema García]

Lunes. 4ª Plenaria y Comunión

Otra noticia de nuestras iglesias

Recogida de regalos

Barcelona, 16 de diciembre — Este año la iglesia del Buen Pastor de Barcelona, hemos tenido el privilegio de ser anfitriones para Cataluña de la recogida de cajas de la campaña internacional «Operación Niño de la Navidad». En esta ocasión las cajas de regalo van destinadas a niños de Mauritania. Ha habido voluntarios no sólo de

nuestra iglesia local sino también de hermanos de otras iglesias y denominaciones. Para nuestra iglesia ha sido muy especial colaborar ofreciendo el local para este fin. Dabemos que en estos tiempos trabajar en comunión y armonía con un fin solidario común, es algo que hay que resaltar y agradecer a Dios y a los hermanos que participaron.



La casa del fariseo

(Lc 7,36-50)

Antonio González

A veces comparamos la llegada a la fe con «invitar a Jesús a que entre en nuestro corazón». Lo que sucede es que no todas las invitaciones son iguales. Simón, el fariseo, invitó a Jesús a su casa. Esto puede servir como metáfora de una invitación superficial a nuestro corazón. Simón posiblemente tendría curiosidad por conocer a Jesús, o un deseo de halagarle, de hacer una comida en su honor. Esto, por sí solo, no cambia la vida de Simón. Como fariseo, posiblemente se encontraba muy a gusto tratando de cumplir todos los mandamientos de la Torah. Invitar a Jesús no era otra cosa que un detalle de hospitalidad, un mandamiento más, algo que encajaba bien en una vida de religiosidad.

Muy distinto es estar en una situación desesperada, como la mujer (¿la misma María que en Juan 12?) que entra sin ser invitada en una casa que no es la suya y comienza a llorar a los pies de Jesús, besando sus pies, lavándolos con perfume, y secándolos con sus cabellos. No dice nada. No hay palabras para expresar lo que siente. Tal vez vergüenza, mucha vergüenza. Una pecadora pública... Muchas adicciones se fundan en una vergüenza tóxica, profundamente asentada en la personalidad. Aun así se ha atrevido a presentarse delante de todos, a asumir la posibilidad del rechazo, para ponerse a los pies de Jesús. Su situa-

Cuando pensamos que nada tiene que cambiar en nuestra vida, es cuando estamos muy seguros de todo lo que tiene que cambiar en las vidas de los demás.

De esta manera, nunca vamos a conocer a Jesús.



Cuadro de Peter Paul Rubens (1629)

ción no es la situación cómoda de quien le hace un favor a Jesús invitándolo a su casa... Su situación es desesperada, tan desesperada que no pide nada, solamente llora, y llora. En realidad, Dios actúa precisamente allí cuando nos damos cuenta de que no podemos.

El fariseo observa a Jesús. Como tanta gente se acerca a Jesús, solamente para observar, sin llegar nunca a comprometerse. La mujer lo ha entregado todo. No sabemos mucho de su situación financiera, pero el perfume tal vez era muy caro, de unos trescientos denarios, el salario completo de un jornalero durante un año (Jn 12,5). Mientras el fariseo y sus amigos juzgan y evalúan, ella lo entrega todo, se rinde por completo.

Ellos piensan que puede ser un profeta, tal vez se lo han presentado como tal. Pero ahora saben que no es un profeta, porque si fuera un profeta, conocería quién es la mujer. Lo podemos llamar «maestro» en público, pero por dentro sabemos que no nos sirve, que las cosas funcionan de otra manera, que su ingenuidad muestra que no es siquiera un profeta. Esperábamos tal vez algún espectáculo,

algún milagro, alguna declaración extraordinaria... Para eso lo invitamos a casa, para ver qué pasaba. Pero lo único que sucede es una situación incómoda, con una mujer pecadora. A veces, acercarnos a Jesús nos pone en compañías poco agradables.

El fariseo no piensa en modo alguno que algo radical tiene que cambiar en su vida. Siempre ha sido piadoso. Como sus amigos, los que también criticarán las palabras de Jesús. Cuando somos piadosos, justos, y fariseos, siempre tenemos a nuestro alrededor algunas personitas «santas» con las que podemos cotillear. Cuando pensamos que nada tiene que cambiar en nuestra vida, es cuando estamos muy seguros de todo lo que tiene que cambiar en las vidas de los demás.

De esta manera, nunca vamos a conocer a Jesús. La mujer lo está empezando a conocer, Simón parecería que nunca lo va a conocer. De hecho, los ojos de la mujer están fijos en Jesús, porque su situación es tan desesperada, que solamente puede recurrir a él. En cambio, Simón y sus amigos miran a la mujer, más que a Jesús. Nos distraemos, en lugar de atender a lo único importante, como

Madurar no es trepar a la mesa de los fariseos. Madurar en la fe es bajar hasta estar con la pecadora.

Jesús le diría a Marta (Lc 10,42). Al conocer a Jesús, la mujer empieza a conocer la paz (Lc 7,50). Mirando a los demás, como Simón, nunca encontramos la paz.

No sólo la paz. También el amor. La enseñanza de Jesús lo dice: Al que mucho se le perdona, mucho ama. Tal vez el corazón de Simón se ha ido haciendo cada vez más duro, porque piensa que a él muy poco se le tiene que perdonar. Jesús ni siquiera dice que el que es perdonado amará mucho al que le perdonó. En general, dice que amará más. No solamente el amor a Dios crece cuando experimentamos su perdón. Lo que Jesús está diciendo es que aumenta también el amor a nuestra familia, a nuestros amigos, a nuestros compañeros. El amor, en general, aumenta cuando aumenta el perdón. El secreto del amor es el perdón. El perdón de Dios es la energía que rompe con toda la vergüenza acumulada, y que nos permite comenzar a andar erguidos.

Después de que Simón ha escuchado las palabras de Jesús, tiene pocas opciones. Puede ofenderse. Este tipo no sólo ha aceptado a una pecadora, sino que además ha proclamado un perdón que sólo le compete a Dios. Y, sobre todo, me ha ofendido, insinuando que tal vez no todo está bien en mí. La ofensa es la mejor manera de poner punto final a esta situación



tan incómoda, causada por el falso profeta y la pecadora... Aunque, bien pensado, tal vez no es un falso profeta. Supo leer inmediatamente mis pensamientos... Otra opción sería poner cara de circunstancias, reírse amablemente, y cambiar de conversación. Pero tal vez haya una tercera opción para Simón. Una opción increíble, que rompe todos sus años de religiosidad. La opción de ponerse a la cola, detrás de la pecadora, para besar los pies de Jesús, y llorar por tanta ceguera, por tanta sequedad, por una vida perdida en las apariencias religiosas y morales. Quién sabe.

Nos han enseñado tantas veces que la vida cristiana es un camino que comienza en la situación de la pecadora, y que termina en la situación del fariseo. No nos lo han dicho así tal vez, pero es lo que hemos aprendido en las iglesias. Primero, pecador. Después, el arrepentimiento. Finalmente, ser una persona santita, juzgando y evaluando y criticando. ¿No es esto lo que nos han mostrado? Sin embargo, para Jesús, la vida cristiana tal vez sea justamente lo contrario. Comenzar donde el fariseo, y terminar donde la pecadora.

En realidad, un fariseo famoso, llamado Saulo, hizo un camino parecido. Tras su conversión, quiere subrayar su condición de apóstol, poniéndose al nivel de los demás apóstoles (Gá 2,6-8). Más adelante,

dice algo distinto: «Soy el más pequeño de los apóstoles» (1Co 15,9). En la carta a los Efesios se nos dice algo más. Pablo aparece ahora como «el menor de todos los santos», es decir, de todos los creyentes (Ef 3,8). Pero aún tenemos más. En la primera carta a Timoteo, Pablo termina su carrera con un calificativo máximo: «el primero de los pecadores» (1Ti 1,15). Madurar no es trepar a la mesa de los fariseos. Madurar en la fe es bajar hasta estar con la pecadora.

Madurar en la fe... ¿Qué es la fe? Jesús le dice a la pecadora que su fe la ha salvado. La fe no es aquí una creencia en una serie de verdades. La fe no es tampoco un sentimiento, ni una iluminación interna. La fe es algo muy distinto. Es lo que nos saca de casa, lo que nos lleva a lo desconocido, lo que nos hace correr riesgos, lo que nos hace perder la compostura, lo que nos permite romper los muros de la vergüenza, lo que nos conduce a los pies de Jesús, para esperar que de allí, y solamente de allí, venga la solución, la vida, la libertad. Invitar a Jesús en nuestro corazón... más bien entregarlo todo, incluyendo el corazón.

El amor, en general, aumenta cuando aumenta el perdón. El secreto del amor es el perdón. El perdón de Dios es la energía que rompe con toda la vergüenza acumulada, y que nos permite comenzar a andar erguidos.

Rituales cristianos de transición

6. Reconocimiento formal para algún ministerio

Dionisio Byler

Entonces ayunaron y oraron y les impusieron las manos [a Bernabé y a Saulo], tras lo cual los enviaron [a la misión para la que el Señor los había llamado] (Hch 13,3).

No te desentiendas de la gracia que hay en ti, la cual te fue concedida por virtud de una profecía, con imposición de las manos de los ancianos (1 Ti 4,14).

No impongas las manos a la ligera a nadie ni te prestes a resultar implicado en pecados ajenos; consérvate inocente (1 Ti 5,22).

Todo cristiano debidamente bautizado como persona mayor, responsable de sus actos, recibe del Espíritu «carisma», es decir *gracia*, para desenvolverse en algún servicio propio de la iglesia. Esto tal vez convenía haberlo dicho en el artículo sobre el bautismo, porque viene implícito en la idea del bautismo como adhesión adulta a la iglesia y a su misión en el mundo.

No existe tal cosa como un cristiano debidamente bautizado, sobre quien el Espíritu no haya derramado la gracia necesaria para desarrollar algún aspecto de la misión de la iglesia —el cuerpo de Cristo, del cual es miembro. El cuerpo de Cristo no tiene miembros inútiles ni innecesarios. Ni tiene tampoco miembros donde no esté presente el propio Espí-

ritu de Cristo, que por su propia esencia está necesariamente presente en todo su cuerpo. Que por eso mismo —por el Espíritu de Cristo— es cuerpo *de Cristo*.

Aquí, sin embargo, venimos a hablar de otro tipo de servicio, tanto más delicado por cuanto afectará a mayor número de personas. No es una cuestión de rango. El rango de cada miembro lo da única y exclusivamente el hecho de ser miembro *de Cristo*. Como se comprenderá, no hay ninguna posibilidad de rango superior que ese. Hay en la iglesia, sin embargo, funciones más delicadas que otras, actividades que influyen más, que tienden más a determinar cuáles serán los rasgos propios de una comunidad local.

Algunos de estos ministerios pueden ser especialmente importantes sencillamente por el momento o las circunstancias particulares que los hacen sobresalir. En Hechos 6, la identidad de la iglesia como asociación de discípulos de Jesús donde tenían igual valor los gentiles que los judíos, hizo sobresalir como de especial importancia y delicadeza el tema de la repartición equitativa de alimentos entre las viudas de ambas etnias. En otras iglesias el servicio (o «ministerio») de servir las mesas no ha solido tener un valor simbólico tan

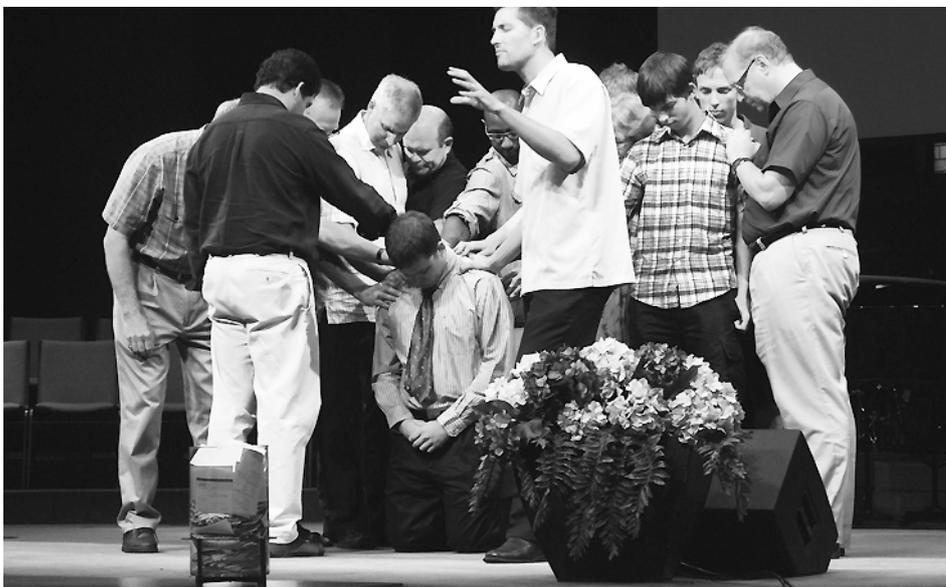
No existe tal cosa como un cristiano debidamente bautizado, sobre quien el Espíritu no haya derramado la gracia necesaria para desarrollar algún aspecto de la misión de la iglesia —el cuerpo de Cristo, del cual es miembro.

excepcional. Pero para aquella primera iglesia de Jerusalén, sí lo tuvo. Y hubo que saber elegir y saber encomendar debidamente este ministerio a personas idóneas, con un reconocimiento público y general para ello.

Evangelizar es algo que nos es propio a todos los seguidores de Jesús. Todo el mundo nos encontramos dando testimonio —incluso, muchas veces, sin darnos cuenta— de la importancia que tiene para nosotros (o no) el hecho de seguir a Jesús. Sin embargo algunas personas son «enviadas» (en griego, *apostéllo*) como «enviados» (en griego, *apóstolos*) para anunciar las Buenas Noticias más allá de su ámbito habitual de actividad. Tal el caso de Bernabé y Saulo/Pablo, en Hechos 13. No era diferente la naturaleza de lo que hacían, ni era diferente su importancia personal como miembros del cuerpo de la iglesia. Sí iba a ser diferente, sin embargo, el grado de influencia que iban a tener —tal vez especialmente Pablo— como consecuencia de dedicarse a este llamamiento.

De ahí que Bernabé y Pablo fueron reconocidos formalmente para ese ministerio, con imposición de manos.

A lo largo de la vida cristiana, un número sorprendente de los miembros de la iglesia se encontrarán como protagonistas de un acto donde reciben reconocimiento expreso para desenvolverse en un ministerio





concreto. Esto no es en absoluto tan excepcional como para constituir una élite aparte, un «clero» especial dentro de la iglesia. Al contrario, este tipo de reconocimiento para una función concreta nos va a tocar a muchísimas personas, probablemente en más de una oportunidad a lo largo de la vida cristiana.

Lo que venimos a proponer aquí, es que en nuestras iglesias debemos estar atentos a estos llamamientos cuando se hacen evidentes —o porque, como sucedió en Jerusalén con el servicio de las mesas, las circunstancias los hacen resaltar. Estar atentos, luego también reconocerlos públicamente. Reconocerlos públicamente en un acto de oración, de encomendar estas personas en particular a la guía y la gracia y el Espíritu de Cristo, para que puedan desenvolverse con seguridad y capacidad y un «no sé qué» sobrenatural.

Aquí tiene interés el acto de imposición de manos. Esto es algo que se ha recuperado en las últimas décadas. Recuerdo que en mi niñez la imposición de manos estaba reservada —por lo menos en las iglesias menonitas— a actos solemnes de ordenación de pastores y obispos. Con el movimiento carismático de los años 60 y 70, se ha recuperado la imposición de manos para multitud de ocasiones: actos donde bendecimos a una persona, o intercedemos por ella, o pedimos curación para su salud, y un largo etcétera.

No conviene, sin embargo, olvidar del todo el sentido que tiene en determinadas circunstancias, la imposición de manos según el testimonio del Nuevo Testamento. Para determinados llamamientos de especial influencia, la imposición de manos por parte de los ancianos (o de otros líderes en la denominación o asociación de iglesias afines) puede constituirse en un acto solemne, donde la iglesia entera expresa su reconocimiento del ministerio al que el Espíritu llama a la persona. Aquí viene a cuento la exhortación de Pablo a Timoteo de no menospreciar lo que el acto de imposición de manos —motivado en este caso por una profecía— le confiere como portavoz de la comunidad cristiana. También viene a cuento aquí su exhortación —también a Timoteo— a no imponer las manos a la ligera; por cuanto quien «ordena» a una persona para un ministerio especialmente representativo, puede acabar salpicado si esa persona después se manifiesta indigna.

El ritual de ordenación al ministerio cristiano como pastores, ancianos, portavoces o representantes reconocidos para un grupo entero de iglesias, etc., marca un hito importante en las personas así elegidas y reconocidas. No siempre va a tener este ritual unas características exteriores formales. En mi caso es recuerdo imborrable cómo me rodearon los pastores de la denominación en Argentina, me impusieron las manos y me encomendaron al Señor para el

ministerio cristiano. Fue un acto más bien espontáneo, muy «carismático» e informal (si bien la decisión había sido adoptada formalmente y me imagino que consta en algún acta de hace cuarenta años).

No podían sospechar aquellos líderes, como tampoco podían sospechar los ancianos en Antioquía el día que ordenaron a Bernabé y Pablo para su apostolado, adónde me llevaría el Señor y qué clases de ministerio habrían de ocupar mi vida. Pero esa ordenación al ministerio cristiano marcó mi vida y ha influido en mi peregrinación desde Argentina, pasando por Estados Unidos y hasta llegar hace treinta y pico años a España —y todos los diferentes ministerios que he desempeñado.

Resumiendo, entonces, todo cristiano tiene «carisma» o gracia del Espíritu para desarrollar algún ministerio que otro. Y en diversas ocasiones a lo largo de la vida, una proporción sorprendente de los miembros de la iglesia se encontrarán rodeados de hermanos y/o líderes, donde éstos los encomendarán al Señor, con imposición de manos, para realizar con gracia y unción aquellas responsabilidades a que han sido llamados. Y también habrá personas a quienes corresponde «ordenar», con imposición de manos, para un ministerio especialmente representativo e influyente. No para apartarlas como «clero», sin embargo, porque no puede haber grados ni distinciones entre los miembros del cuerpo de Cristo.

También habrá personas a quienes corresponde «ordenar», con imposición de manos, para un ministerio especialmente representativo e influyente. No para apartarlas como «clero», sin embargo, porque no puede haber grados ni distinciones entre los miembros del cuerpo de Cristo.

Diccionario de términos bíblicos y teológicos

levitas — En la Biblia, la tribu de Leví, los descendientes del patriarca del mismo nombre, bisnieto de Abraham. Consagrados al sacerdocio por Moisés en el desierto, no obtendrían un territorio tribal sino que se encontrarían diseminados entre las demás tribus. Vivirían del «diezmo» cobrado al resto de la sociedad a cambio de su servicio sacerdotal.

Esbozando en general la historia de los levitas, podríamos decir que parece ser que su función original era más o menos la de evangelizadores o diseminadores del conocimiento del Señor de Israel, a quien los esclavos huidos de Faraón conocieron en el desierto. Distribuidos por todo el territorio de las tribus de Israel, eran quienes procuraban mantener en alto los ideales de la Instrucción divina recibida en el desierto. Instrucción divina que establecía una sociedad de justicia e igualdad, de solidaridad y redistribución, donde quien más prosperaba no podía en absoluto olvidarse de quien padecía infortunio, deudas, viudedad u orfandad.

En una era cuando solamente las cortes y templos podían tal vez poseer algunos libros, esta función propagadora del conocimiento de Dios encomendada a los levitas, dependía de su memoria para recordar la instrucción tradicional recibida en la niñez y juventud. Dependía también de su buena voluntad para no torcer las cosas con el fin de sacar alguna ventaja personal. Según el libro de Jueces, la corrupción no fue ajena al sacerdocio levita, aunque tal vez tampoco fuera necesariamente típica en ellos.

Los hijos del sacerdote Elí, que presidía el culto en el Tabernáculo erigido en Siló con el Arca del Pacto, culminan esa tendencia a la corrupción en la primera etapa del sacerdocio levita. Tal es así, que Samuel profetiza que el Arca será arrebatada de Siló. En efecto, los filisteos se la llevan a sus ciudades y cuando la devuelven acabaría prácticamente olvidada, en una finca particular.

El centro levita en Siló, con Tabernáculo y Arca, no era el único centro

del culto de Israel. Había un santuario en Bet-el, con su propio sacerdocio y tradiciones que se remontaban al patriarca Jacob. Otro santuario más reciente se había establecido en Dan (fundado por un levita). En Hebrón parece ser que se encontraba una rama del sacerdocio más directamente vinculado con la memoria de Aarón (también levita). En estos tres centros se piensa que a falta de Arca, representaban la Presencia divina del Dios invisible mediante un becerro de oro, sobre el que tal vez se lo imaginaban sentado. (Se recordará que en el Templo de Jerusalén, dos querubines alados, algo así como dragones posados sobre el Arca, tenían esta misma función de «trono» del Señor invisible.)

El rey Saúl prácticamente acabó con el sacerdocio levita en Nob, descendido de Elí de Siló, del que solamente sobrevivió Abiatar. Abiatar, con el *urim y tumim* (una especie de dados para consultar la voluntad de Dios), se unió a David en sus años de jefe de una banda de forajidos. Cuando David, que a la sazón ya venía reinando como vasallo filisteo en Hebrón, tomó Jerusalén y estableció allí su corte, decidió recuperar la antigua tradición del culto en torno al Arca del Pacto. Estableció para esos efectos a Abiatar, sacerdote levita de la tradición de Siló; y a Zadoc, sacerdote aarónida de Hebrón. De Zadoc desciende el sacerdocio *saduceo*. El plan de David probablemente era unificar estas dos ramas poderosas del sacerdocio israelita.

Sin embargo en la lucha por la sucesión entre los hijos de David, Abiatar escogió el bando equivocado y fue destituido y exiliado por Salomón. Quedaría así en Jerusalén por toda la posteridad, solamente el sacerdocio saduceo.

El sacerdocio levita, todavía disperso entre el pueblo en los territorios de todas las tribus, vuelve entonces a centrarse en su papel de maestros de religión y diseminadores del conocimiento de Dios y de sus Mandamientos. Serían siempre una espina moles-

ta en el asiento de los tronos tanto de Samaría como de Jerusalén, con sus exigencias de volver a la Ley y al Pacto —es decir al programa de justicia y santidad esbozado por Moisés en el desierto. De los levitas surge seguramente la tradición de los profetas críticos con el régimen monárquico.

Toda la historia de los levitas es mucho más larga, complicada e interesante, pero estos esbozos tal vez nos ayuden a situarnos cuando se mencionan en la Biblia. Desemboca para nuestros intereses en el Nuevo Testamento, donde seguimos encontrando a los *saduceos* apoltronados en la jerarquía en Jerusalén, mientras que los *levitas* son sacerdotes de pueblo y viven muchas veces en pobreza y estrechez. Pero conservan, por eso mismo, un recuerdo mucho más radical del mensaje del Dios de Israel.

—D.B.

EL MENSAJERO es una publicación de la Secretaría de AMyHCE (Anabautistas, Menonitas y Hermanos en Cristo – España).

c./ Estrella Polar, 10
09197 Quintanadueñas (Burgos)

Director: Dionisio Byler

Las opiniones aquí vertidas no son necesariamente las mantenidas por las Iglesias de AMyHCE ni por el director.

De distribución gratuita en las Iglesias de AMyHCE.

www.menonitas.org